

siones del comisionado español. El Rey y Bismarck lo remitían todo á la resolución del príncipe Leopoldo y de su padre; sin que por esto dejara el célebre ministro alemán de manifestarse completamente de acuerdo con los que llamaba amigos de Madrid. Así leemos en un documento que original poseemos: «Es posible que veamos una fermentación pasajera en Francia y sin duda es necesario evitar todo lo que sirviese á conducirla ó aumentarla. Si esto fuese así, ¿sería conveniente introducir mi nombre en la relación de estas negociaciones? Yo creo que no, que al contrario, se debería poner mi persona completamente fuera de todo. En verdad, yo no estoy comprometido, *engagé*, oficialmente. Se trata de un acto de voluntad, de una parte, de la nación española, de otra parte, del príncipe que es mayor, dueño de sus acciones, particular. Si ha tenido ó no razones para obtener el consentimiento de su padre y del jefe de la familia, esto es una cuestión de un orden privado, no un negocio de Estado. Prevenir al rey sobre parecidos proyectos, es el deber del ministro de la casa real. Mas yo no le he ayudado con mis consejos en mi calidad de presidente de los ministros, sino en la de encargado de los negocios extranjeros, como el hombre de confianza, lo mismo que los demás servidores del Estado que están en el secreto. Yo creo que el gobierno español hará mejor en no publicar mas que la carta del general Prim del 17 de febrero y la contestación de este. Así tendríamos una posición inexpugnable ante el público europeo. Si se mete ruido en Francia, preguntaremos sencillamente: ¿qué quieren ustedes? ¿Quieren ustedes dictar las decisiones de la nación española y de un particular alemán? Entonces será la ocasión de utilizar lo que usted, Doctor (1), me propone. Sin embargo, se gritará intriga, se pondrán furiosos contra mí, sin precisar el punto de ataque. No se trata en cuanto á mi respuesta, mas que de una cuestión política respecto al general. He contestado á su carta. Espero que no dudará de mis mas respetuosos sentimientos para su persona, ni de mi adhesión al proyecto cuya realización no pende mas que en él y en las Cortes. No he llevado el negocio al estado en que está sin considerables inconvenientes que M. Gama, con su conocimiento del terreno, podrá figurarse y explicar al general.»

Las Cortes españolas continuaron abiertas hasta muy entrada el verano esperando la aceptación del príncipe alemán; vino al fin el telegrama, y mal interpretado por Zorrilla, se creyó que el asunto se dilataba, y se suspendieron las sesiones. Seguramente no estaba resuelto el negocio, que no dejó de sufrir extrañas vicisitudes y peripecias, y ateniéndonos en este tan importantísimo asunto, á los documentos que tenemos á la vista y que al ocuparnos de ellos en otra obra (2), no han sido, ni podían ser por nadie contradichos, veremos que por el ministerio de Estado español se encargaba confidencial y reservadamente en 8 de octubre de 1870, se averiguasen las intenciones del príncipe Leopoldo, si la mayoría de las Cortes convocadas para el 31 pensara en él para rey; lo cual «suministraría al gobierno un dato que serviría de base á importantes y urgentes resoluciones;» y declábase desde Berlín al gobierno, con la mayor reserva, «que el rey no podía...» (3) como jefe de la confederación en el asunto del príncipe Leopoldo, pero que el gobierno español podía dirigirse á S. A. R. Haciéndose esto, aseguraba Thiel se obtendría un resultado favorable; que no había agrado la última resolución del gobierno de Madrid, y que si todavía no había un compromiso definitivo con Italia, y se quería se hablase con el príncipe Leopoldo, pediría un salvoconducto para el cuartel general. Al mismo tiempo preguntaba el ministro de Italia en Berlín, en nombre de su soberano al ministro prusiano, si la candidatura del príncipe Leopoldo se había retirado definitivamente, contestándole Bismarck que no creía hacer semejante pregunta al rey, é insistiendo el italiano, replicóle Bismarck que el rey no podía mezclarse en un asunto que correspondía solo al

(1) El personaje á quien se dirige el escrito.

(2) HISTORIA CONTEMPORÁNEA. *Anales desde 1843* á la conclusión de la última Guerra civil.

(3) Falta aquí una palabra en el despacho, que debe ser la de intervenir.

pueblo español: pidió el ministro de Italia un salvoconducto para el cuartel general y se le negó.

Vino por entonces á Madrid el mayor Von Versen, comisionado por Bismarck, conferenció con Prim sobre la candidatura régia y la cooperación de España en la guerra contra Francia, contentándose Bismarck con que enviáramos 30,000 hombres sobre Bayona y otros tantos sobre Perpiñan, pues según opinión de Moltke, con la excelente artillería Krupp que teníamos, igual á la prusiana, asegurábamos completamente el éxito de la guerra. Propúsose, pues, formalmente que tomáramos en ella parte; tratóse en consejo de ministros; algunos de los paisanos defendieron la alianza; no armonizaba el parecer de todos, y la razón mas poderosa que decidió la negativa, fueron consideraciones, muy caballerescas, sí, pero poco políticas, cuando menos. No se trataba ni debía tratarse de cuestiones de delicadeza, sino de la conveniencia nacional, que tanto importaba, sin que para atenderla se incurriera en faltas graves.

Considerada por Francia la candidatura de Hohenzollern como un acto de hostilidad de la Prusia, no debía ignorar que unas negociaciones seguidas bajo la impresión de una amenaza, en condiciones contrarias á los principios establecidos en las relaciones internacionales, conducirían necesariamente á la guerra. Quería la Prusia, pero no tuvo la calma necesaria, y la que imperiosamente exigía la circunstancia de no estar preparado para luchar, cuando el canciller alemán, sabiendo que la lucha era inevitable, estaba bien dispuesto, y conocía á fondo los recursos de la Francia, lo que á esta no le sucedía respecto á Prusia. No quería esta ser la agresora por no tener contra sí la opinión de Europa, y Napoleón ofuscado, sin reflexionar que debiera haberse contentado con la negativa del padre del príncipe Leopoldo, y seguir sus aprestos esperando la agresión de Prusia, se precipitó, dejándose guiar por los impulsos de un gobierno personal que lo subyugaba todo, aun cuando con tan poderosas razones se opuso Thiers, que no consideró como cuestión nacional la que lo era de amor propio. En asuntos de vanidad, los pueblos suelen ofuscarse como los individuos.

A la famosa circular del 21 de julio, de Mr. Grammont, contestó el 28 el gobierno español, habiendo antes explicado á los gobiernos de todas las potencias las gestiones que se habían hecho cerca del príncipe Leopoldo para inclinarle á aceptar la candidatura al trono de España, en la que era imposible ver una intriga para favorecer la preponderancia de una nación en contra de los intereses de otra, ni en perjuicio del equilibrio europeo. Pero la circular de Grammont, no comunicada oficialmente al gobierno de Madrid, haciendo una excepción injusta, sorprendió, y mas despues de declarar Grammont y su colega Ollivier en las cámaras francesas sus amistosos sentimientos hacia España. El gobierno español no podía menos de reclamar contra las expresiones y conceptos de la circular y pedir las explicaciones convenientes. Hablaba la circular francesa de «un plan combinado contra la Francia, de una inteligencia preparada misteriosamente por emisarios que aun se ocultaban, para conducir las cosas hasta el punto de que la candidatura de un príncipe prusiano á la corona de España se habría revelado repentinamente en las Cortes reunidas, para arrancarlas por sorpresa una votación que proclamara al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, heredero del cetro de Carlos V, sin dar al pueblo español el tiempo necesario para la reflexión.»

La reserva que seguramente había guardado el gobierno español, exigida por la actitud de los partidos políticos, no fué tan absoluta que autorizase á creer ni menos á decir, que había un *plan combinado, una inteligencia preparada misteriosamente por emisarios que aun se ocultaban*. Además, en octubre de 1869 publicó el señor Salazar y Mazarredo su folleto defendiendo aquella candidatura, y cuando hubo que renunciar á la del duque de Génova, comenzaron realmente las negociaciones; se ocupó de ella la prensa y alguna reunión de diputados, y al participar Prim á las Cortes, el 11 de junio, el estado de la cuestión de candidatos, aludió al príncipe Leopoldo de un modo que nada tenía de misterioso. Asombraba que el duque de Grammont insistiera en que el gobierno es-

pañol trataba de preparar una sorpresa, cuando en su misma circular demostraba que las previsiones del gobierno imperial se adelantaron en mucho á las gestiones del gabinete de Madrid. No pensaba este seguramente en marzo de 1869 en hacer ni la mas remota indicación al príncipe Leopoldo sobre su candidatura al trono de España, cuando ya, dice la circular, el señor conde Benedetti trataba de ella en sus conferencias con el canciller de la confederación de la Alemania del Norte y con el subsecretario de Estado. Diez meses despues empezó el gobierno español sus negociaciones, no con el gabinete prusiano, sino directamente con el príncipe; y fué una desgracia que el gobierno imperial no tuviera noticia de esas negociaciones, que, si fueron reservadas, no llegaron á revestir el carácter de misterio impenetrable. Prueba de ello son las palabras de Mr. Otway en la cámara de los Comunes el 21 de julio, el mismo día en que firmaba su circular el ministro de Negocios extranjeros Contestando á una pregunta de Mr. Reylands, manifestó el subsecretario del Foreign Office que la primera noticia que recibió Mr. Layard fué el 9; porque la candidatura era ya antes un asunto de conocida notoriedad, «a matter of notoriety,» y podía decir que Layard en 11 de mayo, le hablaba en un despacho de la propia candidatura de un príncipe alemán.

Mientras este no consintió que se le presentase como candidato, el gobierno español nada podía decir sobre el asunto; y en el momento en que llegó á Madrid su carta aceptando la corona de España en el caso de que fuera elegido por las Cortes, sometió el ministerio la aprobación de la candidatura al regente del reino: señaló este la celebración del Consejo en la Granja, bajo su presidencia, pero antes de salir para aquel punto, el gobierno se apresuró á comunicar al baron Mercier de Lostende el acuerdo que se acababa de tomar, cuando todavía no podía considerarse el príncipe Leopoldo como candidato oficial, pues faltaba el consentimiento del regente. Gran ofensa nos infería el duque de Grammont suponiendo que podía arrancarse por sorpresa una solución; y nuestro gobierno, no satisfecho con las garantías de la ley, bastantes sin embargo para evitar toda sorpresa, fué mas allá en este punto; pues al declarar oficial la candidatura de Hohenzollern, puso inmediatamente su resolución en conocimiento del país, de todas las autoridades; pidió á la comisión permanente de las Cortes que convocara estas en un plazo breve, pero no angustioso; dió la mayor publicidad posible á todos sus actos y documentos referentes á la presentación de la candidatura, y fijó un mes de término al país y á sus representantes, para que con detenido exámen y madura reflexión, pesaran las ventajas é inconvenientes de la solución que se les presentaba para coronar la revolución de setiembre.

Pero se había precipitado la revelación de esta candidatura, por haberse revelado la noticia del señor Salazar y Mazarredo, ausente Prim y suspensas las Cortes (1). Los acontecimientos

(1) «Prim se hallaba de caza en los montes de Toledo cuando llegó á Madrid nuestro compañero Salazar Mazarredo, portador de la carta en que Leopoldo de Hohenzollern aceptaba su candidatura al trono español. Hubo de saberlo un diputado influyente á quien, por otra parte, no se le podía ocultar, y cometió la indiscreción de decir:

— ¡Ya tenemos rey!

«Esto bastó para que se investigase, se averiguase y se descubriese.

«Hízose luz sobre la candidatura de Hohenzollern antes de que Prim volviese de los montes de Toledo.—El día, ó mejor dicho, la noche que Prim llegó á Madrid, de vuelta de su cacería, dos amigos fumós á la estación del ferro-carril para recibirle, y le manifestamos nuestra satisfacción como monárquicos al ver que teníamos candidato y que aceptaba.—El general se quedó atónito y nos interrogó.—Le dijimos entonces lo que ya sabía todo el mundo político en Madrid, el nombre del candidato y la aceptación de este.—Prim frunció las cejas, y estrujando un guante que tenía en la mano exclamó:

«Trabajo perdido; candidatura perdida... ¡Y Dios quiera que sea esto solo!

«En efecto, se perdió el trabajo, se perdió la candidatura, y no fué aquello solo, por desgracia. La guerra entre Francia y Prusia, ha sido consecuencia de aquella indiscreción.—A seguir las cosas conforme Prim quería, la aceptación del príncipe Leopoldo debía quedar reservada hasta que él hubiese podido efectuar á Francia cierto viaje que para este caso tenía en proyecto. Prim confiaba que, despues de haberle oido Napo-

se sucedían á la vez con una rapidez vertiginosa. El gobierno español, que había tenido que rechazar las inculpaciones del ministro del Emperador, se vió á poco asediado por un delegado de la república francesa, el conde de Kératry, que salió de París en globo en la mañana del 14 de octubre. A las cuatro horas de estar cruzando el espacio, desembarcó á 6 kilómetros de Bar-le-Duc, en plena línea enemiga, que logró salvar, y sin detenerse á curar las heridas que recibió en su caída, vino á Madrid á obtener recursos militares, cuya posibilidad se había hecho entrever indirectamente. Conferenció con Castelar, Figueras y Pi Margall, y el mismo día con el general Prim, que animado de los mejores deseos por la Francia, se mostró propicio á demostrarlos, y mediante cierto apoyo moral, financiero y marítimo de aquella nación estaba dispuesto á formar con ella una alianza ofensiva y defensiva. Kératry expuso la situación de su país, á la que no era ajena España, y que aunque los franceses esperaban vencer con sus propias fuerzas, se abreviaría la lucha con el concurso efectivo de España. Conviniendo ambos interlocutores en el secreto de lo que se hablase, contestó Prim deplorando que nuestro gobierno fuera la causa inocente de las desgracias de la Francia, que lloraria siempre el desastre de Méjico y el de Sedan; que había hecho grandes esfuerzos para vencer la desgraciada candidatura que había de ensangrentar el suelo francés; se quejó del lenguaje de Grammont y de Ollivier, por declarar estos ministros que no permitirían que la España dispusiese de sus destinos; que la Francia había querido la guerra, y que pasando él noches enteras sobre el mapa, siguiendo poco á poco los movimientos del ejército francés, al notar las faltas cometidas en Reims, Metz, Verdun y Sedan, comprendió, y así lo dijo, que estaban perdidos; que si antes de Sedan se hubiese hecho un llamamiento á Italia y España, hubiesen respondido á su llamada; pero, ¿qué había de hacer hoy una nación de tercero ó cuarto orden como la nuestra, cuando el solo y único elemento de resistencia estaba reducido á la defensa de París? Kératry demostró entonces que Italia y Prusia, diez años antes, eran menos que á la sazón la España; alentó á Prim para que fuera su restaurador; procuró convencerle que la república francesa tenía vitalidad, y tarde ó temprano salvaría la Francia, siéndole difícil permanecer monárquico al lado de una república que «por respetar vuestro poder, ha cerrado momentáneamente los oídos al llamamiento de vuestro partido republicano. Creedme, añadió, ha llegado la hora de que tomeis la iniciativa y conserveis la gloria de un movimiento liberal del que ya no podéis ser el dueño ni el regulador de aquí á tres semanas. No ignoráis que desde la reunión de las Cortes, la union liberal os va á exigir la declaración de la liga ofensiva y defensiva de la España con la Francia; y las Cortes que todo lo prefieren á vuestra república anónima, incierta como su gobierno, serán el apoyo natural de la union liberal. Poneos valerosamente á la cabeza del movimiento, sed el presidente de una república basada sobre la union ibérica, fundada con el consentimiento de dos pueblos—porque sabéis que el partido anti-unitario de Portugal, solo se compone de los príncipes de Braganza y de los empleados celosos de sus prebendas;—declaraos presidente de la república, y os prometo—debidamente autorizado,—el apoyo del Directorio republicano y del gobierno francés. En cuanto á la pobreza momentánea de España, tan rica en recursos no explotados, recordad que nunca habeis acudido en vano á nuestra hacienda, y en cambio de 80,000 hombres en aptitud de entrar en campaña á los diez días, es prometo su paga y un subsidio de cincuenta millones á vuestra disposición.» Ofreció además los buenos oficios y buques de Francia, para asegurar la posesión de Cuba, y que nada omitiría para hacer de España y Francia las verdaderas hermanas unidas por el mismo espíritu de libertad (2).—Prim estuvo

leon III hubiera entrado en sus planes, como había entrado ya el Conde de Bismarck.»

(Victor Balaguer. *Memorias* de un Constituyente.)

(2) Se me ha dicho, añadió, que estais en relaciones constantes con Mr. de Bismarck: no quiero creerlo, porque ya me habeis prevenido; mas si esto fuese así, Mr. de Bismarck estaria aun mas convencido, porque estos últimos días nos ha hecho proposiciones indirectas de armisticio por el

mas explícito con Kératry; pero le manifestó que aunque amaba á Francia, no podía acceder á su pretension; que España, esencialmente monárquica, no quería la república, y el partido verdaderamente conservador y no reaccionario, era considerable y á ningun precio quería la república. «Yo no temo decirlo: los principales jefes son mis amigos, pero viven de ilusiones. Son generales sin soldados.» Recordóle entonces Kératry la insurrección de Cataluña y la heroica resistencia de Barcelona, y le respondió que aquella lucha había separado al ejército de los republicanos.—Esto quiere decir, replicó el conde francés, que es cierto el futuro reinado del duque de Aosta, y yo creo que la Italia tiene algun compromiso con Francia.—Sí, añadió Prim; Italia marchará si España la precede; mas yo os diré á la vez: obtenido que Italia marche la primera y España seguirá. No son hermosos regimientos los que os faltan, sino cañones que se cargan por la culata.—Creo que tenéis bastantes prusianos, contestó.

Kératry alabó nuestro ejército, al que había estudiado en sus recientes viajes por Andalucía; creía que debía soñar en combates y en gloria, por lo que se haría su aliado con placer, desembarazándose además el tesoro español con los recursos facilitados por Francia, con los cuales podría pagar el próximo cupon de la deuda. Prim dijo que el ministro de Hacienda estaba tranquilo sobre este punto; y viendo Kératry que era ya tiempo de terminar la conferencia, lo hizo con estas palabras: «General, regreso con profundo sentimiento: V. y la España los compartirán algun día. Yo espero que no podrán librarse Vds. de la guerra civil, porque desgarnecidas las fronteras francesas de las tropas que necesitamos, no podrán ser vigiladas segun vuestro deseo, y los carlistas pasarán á pesar de todo; y tened cuidado que vuestro futuro rey, presente de la Prusia, no experimente la suerte de Maximiliano. La república hubiera salvado á España y Francia.»—«He preferido el papel de Monck al de Cromwell, replicó Prim sonriendo y dirigiéndose hácia la puerta, y no habrá en España república mientras yo viva. Esta es mi última palabra.»

En la reunion que aquel día había tenido Kératry con Castelar, Figueras y Pi Margall, secundando el deseo de Orense, á quien había visto en Burdeos, y les había escrito en sentido favorable á los intereses de la Francia, fué súbitamente contrariada su conversacion por presentarse el general Milans del Bosch; pero habíase acordado en ella: 1.º ofrecimiento leal por Kératry al general Prim de la presidencia de la república española con el apoyo legal de todos los republicanos comprometidos por su directorio.—2.º En caso de rehusar el general.

en cambio del envío inmediato de tres millones en oro destinados á la paga de las tropas. Pidió esta suma á Gambetta para enviarla al directorio republicano español, pero «M. Gambetta était jaloux de sauver la France à lui seul, et l'Espagne continua d'assister impassible à nos désastres.»

En cuanto á la candidatura del duque de Génova, joven de 16 años, que aun se hallaba en un colegio en Inglaterra, solo significaba el deseo de tener un rey; siendo ocioso seguir paso á paso aquellas negociaciones ineficaces, tantos viajes inútiles, y cuando se trataba á la vez de otros candidatos.

Había dicho el ministro de Estado señor Martos (1) que entre las varias cuestiones que ocupaban la atención del gobierno, ninguna de tan vital interés, de tan reconocida gravedad, ni de tan notoria urgencia como la relativa á la elección de monarca, por lo que «creyó necesario fijarse en un príncipe, ni tan inmediatamente unido á casas reinantes que sus eventuales derechos pudieran despertar recelos en pueblos amantes de la independencia, ni tan íntimamente ligado con familias destronadas que sus naturales lazos de sangre y de intereses pudiesen infundir sospechas á ningun poder consti-

general Burnside, y nosotros estamos resueltos á todos los sacrificios para salvar nuestra integridad.

Le 4 septembre et le gouvernement de la défense nationale.—Mission diplomatique á Madrid—1870—pour le comte E. de Kératry.

(1) Despacho del 17 de diciembre de 1869.

tuido, ni tan desprovisto por otra parte, de relaciones y vínculos con potencias amigas, que su adopción no pudiera ofrecer á España el beneficio de alianzas provechosas para los propios sin perjuicio de los extraños.» Se consideró al duque de Génova con tales circunstancias; se comunicó así á los representantes de España en el extranjero, y se les advirtió que por el pronto bastaría que utilizando sus relaciones en el país en que cada uno se hallaba acreditado diese á conocer el pensamiento del gobierno, las ventajas que ofrecía y el apoyo con que contaba en las Cortes constituyentes; no tratándose de buscar oficial ni oficiosamente para España una sanción previa que no solicitaba, ni un auxilio material que no reclamaba, sino preparar la opinión pública para que recibiera con agrado un candidato conveniente á todos. Se hizo, sin embargo, imposible aquella candidatura á pesar de lo que trabajó el señor Montemar, y hasta la misma prensa italiana se opuso á ella.

Era Espartero indudablemente el candidato mas popular, aunque no una solución definitiva; pero era el término de una interinidad peligrosa. El fracaso de las anteriores candidaturas hizo que los partidarios de Espartero y Montpensier apreciaran en sus trabajos; y aunque no era el duque de la Victoria el candidato del gabinete, las circunstancias obligaron á Prim á escribirle (2) que, al tratarse del nombramiento de monarca y acordándose de él sus adictos, el gobierno, debidamente autorizado, deseaba se dignase decir si aceptaría la corona de España en el caso de que las constituyentes le eligiesen; que el gobierno no tenía candidatura, pero estaba en el caso de evitar que alguna facción se agitara en favor de un candidato que no aceptase. Espartero contestó como no podía menos, á una carta que llevaba en sí la respuesta, agradeciendo de corazón las consideraciones que el gobierno le dispensaba; que estaba dispuesto á sacrificar su vida por la libertad y ventura de la patria; «pero un deber de conciencia me obliga á manifestar, respetuosamente, que no me sería posible admitir tan elevado cargo, porque mis muchos años y mi poca salud no me permitirían su buen desempeño.»

Por esta respuesta consideró el gobierno eliminada la candidatura del duque; insistieron sus partidarios; fueron comisiones á Logroño; pero nadie pudo vencer la decidida resistencia de Espartero, de lo que soy evidente testimonio. Ni aun le convenció la oferta formal y autorizada de proporcionarle todos los votos de los montpensieristas, si aceptaba la corona. Una comisión respetable de Zaragoza le propuso, de acuerdo con muchos catalanes, proclamarle rey de Aragón y Cataluña; disuadióles el duque recomendándoles que lo patriótico era seguir apoyando al gobierno, y se negó á que le dieran guardia voluntarios zaragozanos, como lo desearon al ver que ni un soldado de infantería había en Logroño, estando Espartero á merced de cualquier partida carlista. El 30 de mayo publicaron los diputados esparteristas un manifiesto «jurando en el santuario de su conciencia, que Espartero rey, es España con honra.» insistieron los montpensieristas en darle sus votos, y contestó Espartero que, «irrevocable su propósito, deseaba que desprendiéndose los diputados sus amigos de todo afecto personal é inspirándose tan solo en el mas puro patriotismo, como las circunstancias lo exigían en aquellos momentos solemnes para las libertades y el porvenir del pueblo español, apoyasen con sus votos al candidato que juzgasen mas digno de ocupar el solio, prescindiendo de su nombre.»

Cuando por primera vez se inició la candidatura del duque de Aosta, al invitarle su padre aceptase la corona que el gobierno español le ofrecía, contestó: «¿A qué soy llamado? ¿A regir los destinos de un país dividido, trabajado en mil partidos? Esta tarea, ardua para todos, lo sería doblemente para mí, por ajeno completamente al difícil arte de gobernar. No sería yo ciertamente quien gobernara, sino que me impondrían la ley los que me hubiesen elevado al poder. Estas razones son bastante poderosas para decidirme hoy mismo á poner en manos de V. M. mi formal renuncia á la corona de España, rogando la haga transmitir á quien corresponda.» Re-

(2) 13 mayo 1870.

nováronse en agosto de 1870 las gestiones, fracasada ya la candidatura de don Fernando; obtuvo el señor Montemar el consentimiento del rey Víctor Manuel y de su ministerio; ausente á la sazón don Amadeo llegó á Florencia á principios de octubre; manifestó á nuestro representante que se explorase el ánimo de las demás potencias para si en el caso de aceptar el duque sería bien recibida su aceptación, á lo que contestó Prim que creía depresivo, cualquiera que fuese la forma que se emplease, consultar á potencias extranjeras, cuando España tenía un derecho indisputable á constituirse como conviniere á sus intereses, así como Italia de disponer libremente del que le daba á la corona de España, un pueblo dueño de sus destinos; que ninguna potencia podía ser hostil, ni publicarse la candidatura mientras no fuese un hecho oficial; insistió en la consulta el ministerio italiano; replicó Prim que no encontraba forma para hacerla que no fuese depresiva para los dos países, fundándose en el carácter altivo de nuestro pueblo, y en el mal efecto que produciría saber que nuestra libérrima acción se había sometido á la voluntad de una potencia que no viera con agrado nuestra reconstitución; no modificó Italia su actitud, y formuló la exploración en esta forma: «Que el gobierno español, en caso de que acepte el duque de Aosta, presentará su candidatura á las Cortes, y que verá con gusto que es recibida con simpatía por las potencias;» añadiéndose que, aunque España no necesitaba tal exploración, su carácter generoso y noble no podía permitir se creara un embarazo á Italia. Accedió Prim; exploró á los gobiernos de Inglaterra, Prusia, Austria y Rusia por medio de sus representantes en Madrid; autorizó don Amadeo se presentara á las Cortes su candidatura; presentóse el 3 de noviembre, expidiendo el mismo día Sagasta como ministro de Estado una circular á nuestros representantes en el extranjero, anunciando el suceso y haciendo una breve historia del fracaso de la candidatura del príncipe alemán, y solo á la Prusia no agradó la del duque italiano, por confiar en que el resultado de la guerra suscitaria de nuevo la presentación de Hohenzollern, mostrándose Bismarck refractario al hijo de Víctor Manuel, con quien estaba ofendido por sus simpatías con la Francia.

Los esfuerzos del gobierno para obtener mayoría consiguieron de 311 votantes obtuviera el duque de Aosta 191 votos, proclamándosele en su consecuencia rey de España.

De esta proclamación protestaron doña Isabel II y don Carlos: aquella porque la revolución acababa de desconocer los derechos de su hijo, llamando á un extranjero para rey; y el nieto de don Carlos, porque habiendo Carlos Alberto reconocido como rey de España á su abuelo don Carlos María Isidro, y Víctor Manuel á su tío el conde de Montemolin, la corona aceptada por don Amadeo, decía que le pertenecía de derecho. Estas protestas nada significaban por sí mismas, si detrás de una de ellas, la carlista, no se trabajara de la manera que ya se trabajaba para encender la guerra civil, como si no fueran bastantes los infortunios que abrumbaban á la patria.

CAPITULO IV

Asuntos carlistas.—Sumisión de don Juan.—Juntas en Londres y París.—Trabajos carlistas.—Sus recursos.—Actitud de Cabrera.—Excursion de don Carlos á España.

Los sucesos de la Rápita y las consecuencias que produjeron, anonadaron al carlismo; y ya fuera para despertarle del letargo en que quedó sumido, ó para justificar sus actos contradictorios, dió el conde de Montemolin en Trieste el 1.º de diciembre de 1860, un manifiesto en el que declaraba llegada la oportunidad de romper el silencio y decir que vivía resignado en su injusto ostracismo. Refiriendo hechos pasados, decía que de diferentes puntos de España se habían elevado voces suplicantes, entre ellas las de muchos de sus antiguos enemigos, desengañados ahora, conjurándole á que saliese á tender la mano para poner un dique á la anarquía, que vió próxima, por lo que no vaciló en aceptar los medios que se le ofrecieron, suficientes para llegar en poco tiempo y sin efusión de sangre á asegurar la paz y prosperidad del pueblo

español; que el éxito de la empresa fué muy diferente del que debía esperarse; que prisionero y su hermano, sabía que su vida no corría riesgo alguno, cuya seguridad se les dió en el momento que se les prendió; pero temiendo por la suerte de Ortega y otros, el deseo de salvar su vida prevaleció sobre toda consideración personal, y por esto el acta de renuncia que firmó en Tortosa, y que estaba resuelto, como lo había prometido, á ratificar en Francia; aunque, teniendo en cuenta las circunstancias en que se había verificado, y la omisión de ciertas formalidades, no podía menos de considerarse como legalmente nula; á lo que uniendo los sacrificios de su partido, los consejos de que no podía ni debía ratificar la renuncia y la proclamación por don Juan de principios revolucionarios, le hicieron resignarse á firmar el acta que anulaba su renuncia. Para justificarse de la acusación de falta de patriotismo por haber acometido su empresa cuando la nación se encontraba comprometida en una guerra extranjera, dice que no ignoraba que después de los triunfos obtenidos, nada podía empañar el brillo de nuestras armas; que los recursos con que él contaba hacían fácil el éxito de su empresa que calculaba terminar en 15 días; pensando dar, si era posible, nuevo impulso á la guerra, haciendo ingresar á sus dos hermanos en el ejército, dejando el mando del mismo á los dignos jefes que le desempeñaban con tanto valor y habilidad: compara con nuestra situación la de Francia de 1830, dice que la revolución de julio continuó la guerra de Africa y no se acusó á los autores de aquella revolución de falta de patriotismo, sin duda porque fué vencedora; que se le habían atribuido máximas de gobierno opuestas á sus sentimientos; evocando los viejos fantasmas del despotismo, del oscurantismo, y de la inquisición, queriéndole hacer pasar por enemigo de las luces, de las conquistas del siglo, de la libertad, del progreso, del bienestar y de la prosperidad del pueblo español, cuyas acusaciones se habían hecho ridículas á fuerza de exponerse y ser refutadas, presentando su programa de religión y moralidad, constitución hecha por los mismos españoles, el progreso en la agricultura, en la industria, en el comercio, en las artes, en las ciencias; libertad, pero no licencia, pocas leyes y bien observadas, y las indispensables contribuciones; que aborreciendo los partidos no quería mas que españoles; que habría imprenta sin previa censura ni depósitos, pero sujeta á una ley que harían las Cortes, y que respetaría y haría respetar las leyes y reglamentos vigentes hasta sentirse la necesidad de sustituirlos con otros. No podía ser mas evidente la abdicación de los principios carlistas; si bien estaba este programa en armonía con el manifiesto dado al lanzarse á la intentona de San Carlos de la Rápita.

La muerte destruyó los propósitos de Montemolin. Un tifus agudo acabó en pocos días con el conde, su esposa y don Fernando. Las noticias que sobre estas muertes se propalaron, fueron calumniosas y están con documentos desmentidas (1).

Imposible don Juan para el partido carlista que no admitía los principios políticos y religiosos que aquel proclamara, y considerándole como demente, se introdujo alguna perturbación y desconcierto, se ideó proclamar al hijo de don Juan, se pensó también en formar una regencia compuesta de la archiduquesa Beatriz, esposa de aquel, de la princesa de la Beira y de Cabrera; pero se negó la primera y los carlistas esperaron.

Don Juan, lejos de retractarse, anunció que quería ver consagrados sus legítimos derechos por la soberanía nacional, recordó las desgracias que había producido al carlismo la exageración política; culpó á los hombres que habían rodeado á su padre y á su hermano, y llamó á los que habían combatido y estaban ligados á su suerte. Pocos se le unieron; si bien tampoco atendieron á la prensa liberal, que obedeciendo elevadas inspiraciones, procuró atraer al partido carlista á someterse á la reina. Vino don Juan á Madrid, conversó con algunas personas de importancia, liberales y carlistas, que habían ofrecido su cooperación; se trató en una reunión á la que asistieron varios oficiales generales, algunos con mando y je-

(1) Véase la HISTORIA CONTEMPORÁNEA, etc., que ya hemos citado.